

RUFINO ALDABALDE
SACERDOTE

ES sabido que los hombres para sentirnos verdaderamente arraigados, enraizados socialmente, necesitamos conocer nuestro pasado, descubrir los vínculos que nos ligan a la raíz, lejana o no, de nuestro existir.

Un fenómeno semejante nos ocurre con el IMS. Para sentirnos ancladas, identificadas, es vital para nosotras conocer quién nos pensó, cuál fue el embrión, cómo el despliegue de nuestros primeros pasos.

Hasta aquí esta necesidad ha sido llenada por la tradición oral. Nos lo han contado. Pero la familia crece, se dispersa, hay miembros de última hora, las formas de vida han cambiado y se nos hace cada vez más difícil encontrar ocasiones y momentos para poder oír los comienzos de nuestra historia, del IMS.

Esta biografía, breve, de don Rufino, escrita por Lola Güell, viene a cubrir en parte esta deficiencia. El texto está basado en los apuntes personales de don Rufino y en un esfuerzo de síntesis de más de seiscientos testimonios recogidos con la máxima fidelidad. Ha sido posible gracias a la colaboración de las personas que durante años han preparado este material, que permitirá sucesivos estudios de profundización.

IMS-Emilio Ferrari, 17
Depósito Legal: M. 30.066 - 1970

Imprenta UGARTE - Francisco Silvela, 72 - Madrid
1970

Queremos que nos ayude a descubrir a don Rufino, su testimonio de fe en un contexto histórico distinto del nuestro, ciertamente, pero testimonio siempre válido, porque no es más, ni menos, que una vida hecha respuesta fiel a la acción de Dios en un hombre que un día se comprometió a seguir comprometiéndose, que quiso decir SI.

Ojalá estas páginas que salen a la luz a los veinticinco años de la muerte de don Rufino sean un aldabonazo para nuestras conciencias, una nueva exigencia que impulse nuestro caminar, un lugar de encuentro para todas.

IMS, diciembre 1970.

SU VIDA Y SU OBRA

Hijo de modestos labradores, arrendatarios, nació Rufino Aldabalde-Trecu y Urbietta el 18 de julio de 1904 en el caserío Olaetxe, a tres kilómetros de Aya de Zarauz. La finca de Olaetxe, tierras, casas y molino, pertenecían al Marqués de Narro.

José Antonio y Dolores, sus padres, demasiado jóvenes, totalmente opuestos, no se llevaban muy bien. Alegre, fornido, un tanto alocado, a José Antonio le encantaban las apuestas, las pruebas de fuerza y destreza que hacían furor en la comarca. Los días de fiesta tocaba el txistu por los caseríos y volvía tarde a casa. Para Dolores, dura, tenaz y bravía, sólo importaba el trabajo y su producto, el dinero. Falta hacía, porque eran muy pobres.

Rufino fue su segundo hijo: el primero había sido niña. Le siguió un tercero. Al año escaso, en 1907, José Antonio, el mozo más fuerte del pueblo, murió de tuberculosis. Viuda a los veinticuatro años, con tres hijos de corta edad y unas tierras que cultivar, Dolores no tenía más remedio que casarse de nuevo. Lo hizo pronto. Esta vez encontró el marido que necesitaba: José Mari Eizaguirre, criado del caserío, sumiso, callado, trabajador. Tuvieron cuatro hijos más. José Mari fue un buen padre para los siete.

En la vida de todo hombre de fe, se da por descontado un factor básico: se parte del supuesto que ha tenido unos padres piadosos, un ambiente familiar empapado de las más «sólidas virtudes cristianas». Este pío cliché no sirve para explicar el fenómeno Aldabalde-hombre-de-fe. No hubo tal ambiente para él. En Olaetxe, además de la labranza y el molino, tenían taberna. Rufino creció en un ambiente de taberna. Su madre iba a misa los domingos, y nada más. Su abuela paterna sí era piadosa; pero abandonó el caserío al casarse de nuevo Dolores y Rufino no pudo recibir su influencia. Fue un criado del caserío el que le enseñó a rezar. Más tarde asistió a la catequesis e hizo su primera comunión como cualquier hijo de casero.

Rufino era fuerte como su padre, ardoroso, vehemente, brutote y toscó. Iba a la escuela, pero aprendía poco: le enseñaban en castellano y él no entendía. Antes de entrar y también al salir se liaba a pedradas y a peleas con sus compañeros. Cogía nidos, rompía árboles o cristales, quebraba las patas de las ovejas... En la pared de la vecina ermita de San Pedro jugaba muy bien a la pelota. Sabía también pescar truchas con la mano, con la misma increíble destreza que su padre. Algo ayudaba a su padraastro en las labores del campo. A su madre le barría la cocina, le hacía las astillas. La quería mucho. Sin duda, la admiraba también cuando la veía, con mano firme, gobernar casa y taberna: sartén en mano sabía tener a raya a cualquier borracho.

Su destino parecía claro. Dentro de unos años Rufino sería el casero de Olaetxe. Un rudo labrador y tabernero...

El paso de un fraile por Olaetxe lo cambió todo. Sería un franciscano del vecino convento de Zarauz. No sabemos qué palabras mágicas le oyó Rufino, que tendría entonces unos trece años. Sólo sabemos que, por obra del franciscano, varió totalmente el rumbo de su vida. Rufino empezó a decir que quería ser fraile. Lo tomaron a risa: él lo tomó en serio. Su madre se negó en redondo; el muchacho se plantó en firme. Sería fraile. El pleito llegó hasta don Lorenzo Ibarguren, párroco de Aya, que propuso una solución intermedia: puesto que Dolores no quería que su hijo se fuera «tan lejos», ¿por qué no le dejaba ir al seminario? Sacerdote, le tendría cerca. El se encargaba de procurarle una beca. De mala gana, Dolores accedió. Así, tras esta segunda corrección de ruta hecha por don Lorenzo, Rufino fue a parar al seminario. Era en septiembre de 1918.

Seis cursos resistió sin saber a ciencia cierta **por qué** estaba allí. Se limitó a aguantar, dando prueba de poseer la misma acerada tenacidad que su madre. No sabía una palabra de castellano: sabía leerlo, pero sin entender lo que leía. Tuvo que aprenderlo al mismo tiempo que el latín. Su falta de preparación básica parecía una dificultad insuperable: él la superó. A trancas y a barrancas llegó a segundo de Filosofía, su año crucial.

En clase, entre condiscípulos más jóvenes que él, era el último. Dura humillación para su amor propio. Se compensaba en los recreos gracias a su fuerza y a su habilidad. Descollaba en todos los juegos. En fútbol llegó a ser un guardameta insustituible. Le entró también la afición por el boxeo: alardeaba de sus puños, de sus bíceps. Siempre en plan de desafío. Uzcudun, su casi paisano, le tenía fascinado.

Durante aquellos seis primeros cursos fue un seminarista vulgar, corriente. Su destino parecía una vez más fácilmente predecible: sería un sacerdote ni fu ni fa, un cura del montón.

Pero, por tercera vez, Dios imprimió un vigoroso giro al timón de su vida. Y ésta fue su última y definitiva corrección de ruta. En marzo de 1925, el seminarista Aldabalde, que cursaba segundo de Filosofía, entró en sus ejercicios espirituales alegre y despreocupado... y salió cambiado. Era otro.

Sus compañeros vieron que el anterior Aldabalde, terco, fanfarrón y violento, había cedido el paso a un seminarista obediente y fervoroso, un tanto forzado y rígido en los comienzos. Creyeron que le daba por «jugar al santo» y llovieron sobre él burlas y chacotas: «¡Aldabaldón, hipocritón!». La larga y nunca vista paciencia con que las soportó les convencieron, al fin, de que no jugaba. Iba en serio. Había dado, por fin, con su vocación. Había descubierto el sacerdocio. Quería ser un sacerdote santo.

Casi simultáneamente se le despertó la inteligencia. Aquel segundo de Filosofía fue el de sus primeros éxitos en los estudios. Hasta el final (salvo el penúltimo curso, debido a su enfermedad), sus notas fueron inmejorables.

Empezó a unirse con algunos compañeros serios e inteligentes de su misma edad, aunque de cursos superiores. Hablaban del sacerdocio. Se enardecían mutuamente con este ideal. Lamentaban que en el seminario no se les diera una formación específicamente sacerdotal, limitándose a explicarles unas asignaturas, a darles **una carrera**...

El 31 de octubre de 1926, primera fiesta de Cristo Rey en la Iglesia, «los cinco» del primer grupo de amistad espiritual formado por Aldabalde, se consagraron como víctimas al Sagrado Corazón. Victimación de la voluntad quería ser la suya: entrega total de su yo a Cristo y a la Iglesia. A este primer grupo de amistad siguieron otros: el fervor de «los cinco» era contagioso.

En octubre de 1928, inesperadamente, Aldabalde se marchó a París, al seminario de San Sulpicio. Quería cursar allí sus dos últimos años de Teología. Iba en busca de una formación sacerdotal, una mística del sacerdocio. Sin dinero, sin saber francés, a la buena de Dios...

Estuvo allí un trimestre. Una hemoptisis le obligó a volver. Tres meses le bastaron para dejar en San Sulpicio constancia de su «carácter egregio», de su «piedad máxima», de su «docilidad perfecta», según testificó el Rector.

De enero a mayo de 1929 la tuberculosis le tuvo entre la vida y la muerte. Convaleció durante el verano. Con el pulmón todavía inmovilizado por el **neumo**, en octubre reingresó en Vitoria como externo: su enfermedad le vedaba el régimen de internado. Algunos profesores hubiesen preferido que no volviera: no le perdonaban la quijotada de San Sulpicio. Aventurero, inquieto y encima enfermo... Sus dos últimos cursos fueron de nuevo penosos. Sobre todo el penúltimo: tuvo su primer suspenso y se creyó rechazado... En el último curso reaparecieron los «Meritissimus».

Su espíritu sacerdotal crecía, se afianzaba, mientras su enfermedad seguía dando coletazos: «Infirma mundi ellegit Deus» (1), escribía en 1930, esforzándose por aceptar lo que más le repugnaba: una vida li-

(1) «Dios ha elegido a lo débil del mundo». I Cor. 1, 27.

mitada, disminuida por la enfermedad. Con la aceptación vino la paz. En vísperas de su ordenación escribía una radiante carta a sus compañeros de grupo: «¡Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos escogió por El mismo antes de la creación del mundo... para la obra más grande de sus planes divinos...!»

El 29 de mayo de 1931 fue ordenado sacerdote. Dos días más tarde, en la parroquia de San Esteban de Aya, los caseros, sus compañeros de trastadas infantiles, le vieron subir al altar por primera vez. No acababan de entender cómo había podido suceder aquello... Su madre, por fin, estaba contenta; un cura, entonces, daba categoría a una familia.

Para don Lorenzo fue su última fiesta en la tierra. Tres meses después moría, asistido con piedad filial por Rufino, a quien había engendrado en el sacerdocio.

A primeros de octubre, el nuevo sacerdote pasaba por segunda vez los Pirineos.

Iba a dar sus primeros pasos sacerdotales en Francia, como capellán de las Damas Catequistas en Cambo-les-Bains. Clima sano, indicado para los enfermos del pulmón. Le convenía también un año de estudio y oración para consolidar su preparación deficiente. En Cambo lo tuvo. Fue una especie de post-seminario, completado con el trato y amistad que le unió con un padre Oratoriano, culto y exigente, que se convirtió en su director espiritual.

Fue el único paréntesis de relativo sosiego en su vida. Duró un año escaso. En junio de 1932 cambió la cómoda capellanía de las monjas por la dura e incómoda de los emigrantes españoles pobres en el sur de Francia. En ésta duró algo más: cuatro años. Autorizado por el Obispo de Bayona y luego por el de Tarbes, recorrió incansablemente toda la región de los bajos Pirineos. Evangelizó, catequizó, asistió espiritual y

materialmente a los abandonados emigrantes españoles. Logró algún éxito, muchos fracasos. Fracasó rotundamente en su intento de labor social. Expulsados de España por la República o por la miseria, residía entonces en Biarritz lo más alto y lo más bajo de la sociedad española. Don Rufino quiso acercar ambos extremos, establecer entre ellos una comunicación de amor y de bienes... No lo consiguió, por supuesto. El intento era tan utópico como generoso.

Sin embargo, él nunca pensó quedarse en Francia, ni dedicarse indefinidamente a los emigrados. Aquella fue un etapa de espera, preparatoria para el objetivo único de su vida, al que no había dejado de apuntar: su ideal sacerdotal. Mejorar la calidad del sacerdote; entusiasmarle por su sacerdocio; hacerle vivir su mística. El mismo se iba cultivando, perfeccionando. Leía muchos libros franceses; asistía a retiros y convivencias sacerdotales. Cultivaba el trato con sacerdotes franceses de valer, profesores del seminario de Bayona, religiosos. Asimismo con algunas relevantes personalidades sacerdotales españolas, exiladas, o de paso por el sur de Francia.

No perdía tampoco el contacto con sus ex compañeros de seminario, entre los que iba adquiriendo crédito y prestigio. Los grupos que él había iniciado se iban multiplicando. Los grupistas se reunían una vez al año bajo la presidencia, implícitamente aceptada, de don Rufino. En las reuniones de los años 1933, 1934 y 1935, en el Santuario de Aránzazu, se fueron perfilando los fines y propósitos de aquel naciente movimiento sacerdotal. «El mundo está gravemente enfermo —exclamaba don Rufino—, padece una crisis muy honda de fe, de conciencia, de moral... y sólo el sacerdote, con la verdad del Evangelio, está llamado a salvarle. ¡Tengamos más fe en nuestro sacerdocio!». El la tenía sobrebundante y la comunicaba a todos los reunidos. En aquellas reuniones «él no quería técnicas ni normas, sino sentido y vida sacerdotal». «No es lo teórico lo que venimos a buscar —decía—, sino lo vital». «Lo interesante para él era el intercambio, la comunicación sacerdotal». Aránzazu fue una escuela de fraternidad y amistad que don Rufino consideraba necesaria para salvar al sacerdote de su soledad.

Teniendo cura de almas por misión del Prelado, el sacerdote había abandonado precisamente aquellos ministerios relacionados con la dirección de las conciencias. Campo que entonces se consideraba como exclusivo de los religiosos. Urgía devolver al sacerdote la plenitud de

su misión. Con este fin lanzó don Rufino, en la reunión de 1933, la idea de abrir una casa donde el clero pudiera dar ejercicios y entrenarse en la dirección de conciencias. La Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales, iba a ser el medio de que se valdría la Obra Sacerdotal para conseguir la promoción del sacerdote secular. Aunque pobre de solemnidad, para don Rufino la principal dificultad no radicaba en la materialidad de la casa, sino en conseguir sacerdotes capacitados para dirigir ejercicios. Exigía a todos la promesa tácita de aprovechar cuantas ocasiones se les ofrecieran para darlos.

En 1935 la cosa parecía madura. Don Rufino estaba pensando en la conveniencia de regresar a España. En agosto hizo ejercicios de mes en el Chatelard, bajo la dirección del eminente P. Albert Valensin, S. J., en un clima de extraordinario fervor y devoción a la Virgen. El día de la Asunción de Nuestra Señora, durante la misa, se sintió «vivamente impulsado a hacer lo que el Señor quiere que se haga...» Parece ser que fue aquel día cuando la vaga idea de un Instituto femenino tomó forma concreta en su espíritu.

Espoleado por aquella nueva exigencia de la gracia, don Rufino abandonaba Francia en septiembre de 1935 y se instalaba en Las Arenas, cerca de Bilbao, donde concurrían varios factores favorables a su propósito. Al estallar la guerra, un año después, tenía al alcance de la mano, gracias a la generosidad de dos amigos sacerdotes, no una, sino dos casas... muerto el uno, exilado el otro, todo se vino abajo. En septiembre de 1936 don Rufino pasó a San Sebastián y empezó de nuevo.

La etapa creadora, de plenitud, en la vida de don Rufino, coincide con la duración de su cargo como director espiritual en el seminario de Vitoria: de 1937 a 1943. Seis años de gran densidad, en los que realizó toda su obra.

Sin carrera brillante, entonces, no había «hombre». Monseñor Javier Lauzurica, Administrador Apostólico de Vitoria, supo, no obstante, des-

cubrir al hombre que necesitaba para el seminario, en aquel Aldabalde que nunca había descollado en sus estudios. El momento era difícil: la línea de fuego que desgarraba España pasaba también por las aulas del seminario. Los chicos estaban inquietos, divididos, desorientados. Se necesitaba un director espiritual capaz de hacer frente a la crítica situación: Monseñor Lauzurica creyó haberlo encontrado en don Rufino Aldabalde. Los resultados mostraron el acierto de su elección.

El inesperado nombramiento desconcertó a don Rufino, que se encontraba en San Sebastián, plenamente dedicado a la búsqueda de personas y medios para su obra. Tenía que dejarlo todo para irse a Vergara donde, por causa de la guerra, había ido a parar el seminario. Lo creyó un grave tropiezo para sus planes. Más tarde vio que era, precisamente, su gran oportunidad: en el seminario podría él mismo formar a sus futuros colaboradores.

Con don Rufino penetró en el seminario una ráfaga de aire nuevo, vital. El curso empezó, según costumbre, con unos ejercicios: «Ya desde la primera plática don Rufino se adaptó perfectamente a las circunstancias, a las que hacía continuas alusiones con un sentido vivísimo de la situación real de los seminaristas... En contraste con el anterior director, santo varón, que les leía año tras año las mismas pláticas y meditaciones anotadas en sus cuadernos, la predicación vital, emotiva, exuberante de don Rufino tuvo para los chicos, largamente sometidos a régimen de «conservas», la gracia de un alimento fresco y vitalizador».

Don Rufino se interesó por el problema concreto de cada uno, facilitó su apertura, les mostró comprensión. Una vez pacificados los lanzó hacia un ideal grande y difícil: el sacerdocio vivido con plenitud y entrega total. «Sólo sacerdote, siempre sacerdote, sacerdote en todo —les remachaba—. ¡O santos o por la ventana!». Los chicos le siguieron entusiasmados. Salían de su despacho «con unos deseos ardientes de beberse el mundo». Al revés que en Francia, logró muchos éxitos, algunos fracasos. Consiguió una promoción de sacerdotes conscientes y entregados.

Desde 1932, don Rufino soñaba con «**grupos de sacerdotes capacitados y adaptados...**» Su pedagogía en el seminario desarrolló estos tres aspectos: **espíritu comunitario, capacitación integral, adaptación a la realidad.**

La formación **comunitaria** se la dio por medio de los **grupos de amistad**, que él había iniciado siendo seminarista y que continuó fomentando en su cargo de director espiritual. Eran, en cierto modo, un anticipo de los equipos de revisión de vida que vendrían años más tarde. Los chicos trataban de ayudarse en plan espiritual, ponían en común sus experiencias, se pedían cuenta mutuamente. Cada grupo tenía un secretario que informaba al director espiritual de la marcha del grupo. Muchos de ellos resultaron estables y la amistad entonces comenzada duró a lo largo de su vida, superando el problema de la soledad sacerdotal que tanto preocupó a don Rufino.

La **capacitación** que don Rufino procuró darles fue sobre todo de tipo humano, práctico, pastoral. La que el seminario les daba era estrictamente intelectual, casi intelectualista, libresca. Don Rufino trató de equilibrarla y enriquecerla con su aportación vital. Uno de los medios que empleó fue la creación de los llamados **Grupos de Trabajo**, con el fin de especializar a los muchachos en la dirección de ejercicios, en el apostolado de la pluma, en la labor social. Los que llegaron a cuajar fueron dos: el grupo de «escritores» y el de «ejercitadores». Eran una especie de «seminarios», en los que los chicos tenían ocasión de expresarse con libertad sobre los temas y problemas más diversos, contrastar sus opiniones con las del director, manejar libros y revistas, realizar trabajos prácticos.

La necesidad de **adaptación** del sacerdote a la realidad, la predicó don Rufino siempre y en todas partes. A los seminaristas se la inculcó especialmente en sus clases de Ascética y Mística, en las que el texto era la vida misma: «Cada clase era un golpe o mazazo de experiencia vital». Sus clases «bien podrían llamarse **Psicología de la Pastoral Moderna**. Conocía perfectamente el variado fondo de las profundidades humanas; y su instrucción se dirigía hacia la exigencia, vital en nuestros días, de la evangelización apropiada a cada persona y a cada ambiente. En este aspecto se adelantaba a la trayectoria de la pastoral actual».

En su conjunto, la formación que don Rufino trataba de dar a sus seminaristas, era adelantada para su tiempo. Quería una formación más consciente y personal. Menos disciplina, más iniciativa y responsabilidad. Menos intelectualismo, más formación integral de la persona. Menos absentismo, más presencia eficaz del sacerdote en el mundo. Menos angelismo, más sentido de la realidad. Todo ello era prematuro. Chocó,

era inevitable, con la mentalidad y las rígidas estructuras de entonces. Le tildaron de incompetente y demagogo. Topó, sobre todo, con el rector, a quien don Rufino planteaba, hay que reconocerlo, un serio problema disciplinar. Pero el obispo apoyó a don Rufino. A partir de 1939, con el nuevo rector, don Rufino pudo desenvolverse sin dificultades como director espiritual en el seminario.

Durante aquellos seis años en que, atado por el seminario, tuvo menos libertad de movimiento, fue precisamente cuando don Rufino logró plasmar su obra en realidades concretas.

Seguía dando muchas tandas de ejercicios a sacerdotes: debido a las restricciones impuestas por la post-guerra, no había otra forma posible de reunirse con ellos. Don Rufino trataba de renovar en el clero la llama del entusiasmo surgida en Aránzazu: quería sacudir su inercia y pasividad: «¡Ha terminado la vida fácil del sacerdote!», les decía. «Salvar la Iglesia y morir por ella, he aquí nuestro programa». «El sacerdocio en la escuela de Jesús es un servicio, no nos contentemos con cumplir bien el deber de un funcionario».

Simultáneamente, continuaba buscando colaboradoras entre las chicas jóvenes. Encontró las primeras en San Sebastián, entre sus numerosas dirigidas. Cuatro fueron las que se prestaron a correr la aventura. El les hablaba de un servicio a la Iglesia: algo nuevo, sin hábitos ni clausura, sin demasiadas trabas reglamentarias pero con una exigencia de entrega total. Ellas no entendían gran cosa, pero don Rufino les inspiraba seguridad y estaban dispuestas a seguirle.

En las laderas del Ulía, en San Sebastián, la llamada «Casa de Herodes», vieja, fea y destartada, se ofrecía en condiciones al parecer asequibles. Cuando preguntaron a don Rufino con qué fondos contaba para su adquisición, contestó sencillamente mostrando el contenido de su portamonedas: «Con 50 pesetas... y la confianza en Dios». Una de «las cuatro» pudo aportar la cantidad necesaria para la compra; el presupuesto para las obras se cubrió, penosamente, a base de escasos donativos y pequeños préstamos... Por fin, en agosto de 1940, la «Casa de Herodes» quedaba transformada en «Villa Santa Teresa».

Era, por fin, la primera casa diocesana de ejercicios espirituales, con-

creción material de la obra largamente soñada por don Rufino. La primera tanda se dio el 24 de agosto. Con su inauguración aparecían a la luz pública dos cosas nuevas: la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales Parroquiales y el Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas. Una casa que no pertenecía a ninguna congregación religiosa, a disposición de los sacerdotes diocesanos, y unas chicas (**monjas sin hábito**, las llamaron), que, con naturalidad y sencillez, gobernaban la casa y atendían a los ejercitantes.

Toda novedad lleva consigo la inevitable oposición por parte de los celadores de lo establecido. La obra de don Rufino despertó enconadas oposiciones. Porque no se limitaba a remozar el marco externo donde se daban los ejercicios, sino que pretendía renovar la forma de darlos. Don Rufino quería unos ejercicios «para la vida». Slogan que levantó polvaredas de indignación.

En mayo de 1945 tuvo lugar en Barcelona, organizado por la Compañía de Jesús, el I Congreso Nacional de Ejercicios Espirituales. Secundado por un grupo de amigos, don Rufino se esforzó, sin conseguirlo apenas, en hacer oír la voz de una oposición constructiva en la cerrada unanimidad del Congreso. Descontento por los resultados del mismo, decidió convocar para el mes de agosto una gran reunión sacerdotal con el siguiente temario: «Estudiar la forma de adaptar los ejercicios espirituales a la mentalidad moderna, respondiendo con fidelidad absoluta a la orientación y directivas de San Ignacio de Loyola». El tema de la **adaptación** había sido excluido del Congreso de Barcelona.

La reunión tuvo lugar en «Villa Santa Teresa» del 18 al 22 de agosto de 1941. Esta **primera** asamblea sacerdotal nacional fue considerada como la **sexta** diocesana de Vitoria, teniendo en cuenta las reuniones sacerdotales precedentes. Ninguna de ella merecía, propiamente, el apelativo de Asamblea; la sexta sí, no sólo por la calidad y número de sus asistentes, que rozó el centenar, sino por hallarse representadas en ella diversas diócesis de España y varias congregaciones religiosas. «Es una fecha que hay que valorar —dice uno de los asistentes—: es el primer jalón de una convivencia sacerdotal en España en un ambiente nacional muy marcado. Tuvo una repercusión enorme». «La Asamblea consiguió plenamente su fin —leemos en el número 3-5 de SURGE—. La Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales fue para la mayoría una revelación y augurio de consoladoras esperanzas. Brotó unánime el de-

tandas y retiros. Se obligarían con los tres votos y vendrían a ser como «cabezas de grupo» para los demás sacerdotes y «dóciles instrumentos» en manos del obispo para el apostolado sacerdotal dentro y fuera de la diócesis. En fin, se trataba de hacer de los directores de ejercicios un cuerpo organizado.

Todo quedó en el papel. No sólo por la oposición del obispo, sino por una dificultad intrínseca. Paladín del clero secular, para el que reivindicaba el mismo puesto y prestigio de que gozaba el clero regular, don Rufino topaba con este dilema: si institucionalizaba su obra, la destruía. Sus sacerdotes dejaban de ser simplemente «diocesanos», y él se convertía en fundador de una nueva congregación religiosa...

Todo quedó sobre el papel. Don Rufino había sido llamado a crear una conciencia sacerdotal. Esta y no otra tenía que ser su obra.

Desde hacía tiempo la personalidad y la obra de don Rufino habían logrado vasta resonancia fuera de los límites de la diócesis vasca. En buena parte gracias a SURGE, revista sacerdotal que él había lanzado en 1940. De muchas diócesis, obispos y dirigentes le llamaban para que infundiera a sus nacientes movimientos sacerdotales aquel ardiente impulso que le animaba. Para tandas o convivencias sacerdotales, apertura de casas de ejercicios, organización de obras diocesanas, pedían su colaboración. El la prestaba desinteresadamente, ajeno a toda mira personal y toda apetencia de primacía del movimiento sacerdotal del Norte sobre el de las demás diócesis. Don Rufino ignoraba la geografía: él servía a la Iglesia.

Durante el año 1944 pudo volcarse con más tiempo y libertad a estas actividades extradiocesanas. Avila, Jaén, Castellón, Santiago, León, Toledo, Málaga, Valencia, Tuy... fueron testigos de su paso apresurado, de su generosa siembra de sudores y afanes en terreno ajeno, sin reclamar parte de la futura cosecha.

En Madrid y Salamanca dejó en marcha dos proyectos que pensaba rea-

lizar personalmente, a través del Instituto de Misioneras. Con la prometida aportación de la Junta Técnica de A. C. (que luego no tuvo efecto) don Rufino, embarcándose más allá de sus posibilidades, dejó adquirido el inmueble de la calle Zurbarano, número 8, en Madrid, destinado a una casa de ejercicios «con carácter nacional». En Salamanca, con la colaboración entusiasta de su buen amigo el Obispo Barbado, contaba ya don Rufino con los terrenos para la futura casa diocesana de ejercicios...

Ambos proyectos cuajaron después de su muerte. La casa de Madrid se inauguró en 1947; la de Salamanca en 1955. Fueron las primeras en que se establecieron las Misioneras fuera de la diócesis vasca después de la muerte de don Rufino.

Desde su grave enfermedad, en 1929, su salud nunca fue buena. Su aspecto engañaba: «parecía una fuerza de la naturaleza», rebotante de energías; en realidad, la enfermedad seguía latente en su organismo. Se dijo, con humor, que tenía «una salud de desahuciado verdaderamente envidiable». Lo de **desahuciado** era exacto. Desde 1929 él vivió como un condenado al que aplazan la condena y tiene que aprovechar avaramente el tiempo que le conceden. Lo de **salud**... Más exacto sería decir que trabajó como si la tuviera. Cansancio, décimas, malestar, inflamación de ganglios..., con este lastre llevó a cabo la actividad vertiginosa de su breve e intensa existencia. Su muerte no fue «prematura»: conscientemente, quemó en catorce años de fulgurante sacerdocio todas sus reservas y posibilidades.

A aquel hombre inquieto, itinerante, nunca instalado, la muerte hubiese podido sorprenderle solo, en cualquier rincón de España... No fue así: súbitamente cayó en cama en Vitoria, de paso para Málaga. En la casa de formación de las Misioneras, atendido por ellas, cerca de su querido seminario, rodeado de sus amigos, visitado por su familia, incluso por el obispo que quiso administrarle personalmente el Viático y mostró cierta preocupación por los disgustos que hubiesen podido dañarle...

Quince días duró el último asalto de su enfermedad. Meningitis tu-

berculosa, diagnóstico mortal entonces. Cuando muchos, contra toda esperanza, esperaban todavía un milagro de su robusta naturaleza, él no se engañaba, sabía que era el fin.

Tenía sólo cuarenta años. Hombre de acción, en la plenitud de la vida, con ansias de hacer muchas cosas, con una obra casi en pañales, a la que se había entregado apasionadamente...Es duro aceptar la muerte en estas condiciones. Sin embargo, cuando le exhortaron a aceptarla, contestó sencillamente: «Está aceptada». Lo estaba desde hacía años... Ultimamente le oían repetir con frecuencia: «Conviene que me vaya; a lo mejor, con toda mi buena voluntad, estoy estorbando». «La obra ya está en marcha. Y cuando las obras de Dios están en marcha, el hombre estorba». «No os apuréis, la obra marchará mejor sin mí que conmigo...».

Fue en vano que, cuantos le rodeaban, intentaran obtener de él una orientación para el futuro de la obra, una consigna, un testamento... Nada. «Hasta ahora el Señor me ha dado a mí para la obra... Luego dará a otros». «Si es de Dios seguirá adelante, y si no lo es, ¿para qué la queremos?». La sobriedad, la **impersonalización**, el desprendimiento, que tanto había predicado, los vivió a fondo en aquel momento. Fue un abandono completo en manos de Dios. Con su muerte, dio a los suyos su mejor lección.

Con el «In te Domine speravi...», repetido incansablemente durante su larga agonía, entregó su ardiente espíritu a Dios a las siete de la tarde del 1 de abril de 1945.

Era el domingo de Pascua de Resurrección.



SU PERSONALIDAD, SU ESPIRITU

¿Cómo era don Rufino? Cerca de 600 personas que le conocieron han tratado de responder a esta pregunta. Con diversos y hasta opuestos enfoques, han llegado a resultados casi idénticos. En un punto han coincidido todos, sin excepción: don Rufino era UN HOMBRE DE DIOS.

Noción aparentemente clara y simple; compleja, en realidad, cuando se trata de analizarla. Naturaleza y gracia se funden en el concepto «hombre de Dios». ¿En qué dosis? ¿En qué proporción? ¿Es acaso posible distinguirlas, separarlas...? Aquí nos limitaremos a consignar indistintamente los rasgos de su personalidad, o de su espíritu, tal como los captaron los que le vieron vivir.

Lo primero que destaca en él es su extraordinaria capacidad volitiva. De directa herencia materna, la fibra de su temperamento era de puro acero. Dos anécdotas (una de su infancia, otra de su juventud) le retratan: imposible apearle de un burro, imposible hacerle soltar un balón. El burro era malo, tiraba a todos y encima, el chaval que apostó

tró
ior
no
no

ó-
r:
a
e
y
s
s

con Rufino, tenía derecho a hostigarle. La defensa del balón le llegó a costar, al guardameta Aldabalde, la pérdida de algún diente... Sin embargo, ni soltó el balón ni pudieron tirarle del burro.

Lo que empezó siendo terquedad, cabezonería, se convirtió en el hombre formado en voluntad firme «como la punta de un diamante: aunque tuviera enfrente el Gorbea, todo lo superaba». No había nada que se le pusiera por delante. Se crecía en las dificultades.

¿Hasta qué punto esta energía suya era pura fuerza de voluntad? ¿Hasta qué punto esta voluntad era mantenida a flote por una invencible esperanza teológica? Imposible precisarlo. Mas, sin duda, esta granítica firmeza fue obra, a la par, de la naturaleza y de la gracia.

Tan sobrehumana fue, que incluso dio lugar a una leyenda: se dijo que don Rufino había llegado a parar un tren en marcha. No se han podido encontrar testigos presenciales del hecho. Pero las leyendas tienen su parte de verdad; y ésta demuestra qué talla había alcanzado don Rufino en la imaginación de sus coetáneos: le creían de veras capaz de parar un tren. El que lo hiciera o no, es lo de menos...

Una gran sobriedad de expresión (característica netamente vasca) velaba y encubría su riqueza afectiva. «Siempre decididamente viril», sus manifestaciones de afecto eran, por lo común, muy medidas y controladas. Pero debajo de esta apariencia, a veces austera y seca, corría el manantial de su afectividad que afloraba fácilmente en la entrega, en el servicio.

Se derramaba sin reservas por tres cauces en los que dejó vía libre a su ternura: la devoción a la Virgen Nuestra Señora, el cariño hacia su madre y el amor a la naturaleza.

A raíz de su «conversión» se mostró, sin rubor alguno, apasionada-

mente enamorado de la Señora. Más tarde, su espiritualidad se centró en Cristo y su amor a María halló en Él su plena razón de ser. Amor difusivo, como todo lo suyo: a cuantos se le acercaron señaló, como meta a lograr, una experiencia íntima de María, que él consideraba como imprescindible en toda vida cristiana.

En el besamanos de su primera misa, don Rufino tuvo un gesto insólito cuyo alcance no pudieron comprender los que lo presenciaron: cuando se le acercó su madre, el nuevo sacerdote la abrazó cubriéndola enteramente con su capa pluvial. Símbolo exacto del cariño que le profesó: fue un amor protector y sacrificado, exento de todo interés y complacencia propia, con un matiz más paterno que filial. Se sintió responsable de su madre y veló sobre ella sin desmayo durante toda su vida.

A la naturaleza la amó como poeta y como creyente. La hermosa naturaleza que le rodeó de niño fue su primera maestra: educó en él su íntima capacidad de ternura, el sentido de lo real y la aptitud para llegar a descifrar, más tarde, el mensaje religioso que todo lo creado dirige al hombre. No le costaba dar entrada a los demás en la intimidad de su comunión con la naturaleza: «He pasado día y medio en Aya... Salía a orar por la noche. Comprendía que el Señor había puesto el grillo, el riachuelo, los prados, todo, pensando en mí. Todas las criaturas me saludaban, contentas, porque yo recogía su grito y lo llevaba al Señor...» En cierta ocasión defendió con ardor la tesis de que, aun sin culpa original, el Verbo se hubiese encarnado igualmente para ser «la cúpula, el coronamiento de toda la Creación». Tesis de resonancias teilhardianas, que brotaba de su amor, tan positivo, por todo lo creado.

El tardío despertar de su entendimiento (debido a su carencia de cultivo primario) pudo valerle, entre compañeros poco perspicaces, el sambenito de rudo y torpe. No lo fue: varios de sus profesores y algunos destacados intelectuales que le trataron más tarde, valoran la buena calidad de su inteligencia, de tipo eminentemente práctico. Ciertamente: aunque quiso para sus seminaristas y misioneras una sólida formación inte-

lectual, don Rufino nunca se interesó demasiado por los brillantes juegos especulativos cuando no partían de la realidad para volver a ella: «Papel en la cabeza, papel en el corazón...» —solía decir—. El partía siempre de la vida: «No he leído mucho —decía— pero he observado mucho a la gente». Poseyó en alto grado la cualidad del entendimiento que él valoraba más: buen juicio, recto sentido de las personas y de las cosas. Lo que, unido a sus dotes de observación y certero golpe de vista, hicieron de él un conocedor de hombres y un director de conciencias fuera de serie.

Desde que, a los veintiún años, entró en posesión de su fe adulta, consciente, ella se le convirtió en principio vital: lo amasó y lo configuró de nuevo, dándole la personalidad entera y sin fisuras de un hombre-de-fe, totalmente unificado, consecuente, auténtico. Todo rebosaba sentido para él. Era un hombre de certezas. Por donde pasaba crecía la fe.

En la oración rumiaba sin cesar las verdades de las que vivía: la paternidad de Dios, nuestra adopción como hijos en Cristo, la inserción y configuración en Él por el Bautismo, por el Sacerdocio... «Su voz y sus gestos tenían un timbre inconfundible: era la irradiación de una vida amasada en oración.» Sabía llevar «el silencio interior en la acción»; «oraba sobre la marcha de la vida», entre sus muchos asuntos, en los viajes: decía que el traqueteo del tren le recogía. De vez en cuando, dedicaba una noche entera a la oración. En una de estas ocasiones le preguntaron si no se había distraído en toda la noche y contestó sencillamente: «Pues... el Señor estaba allí y yo me daba cuenta».

Sus paisanos pudieron haberle aplicado el conocido chiste: «¡Qué fortuna ha hecho ese! ¡Salió de aquí sin un céntimo... y hoy tiene ya varios millones de deudas...!» Siempre fue pobre; pero nunca alardeó de pobreza. Pobre y generoso. Pobre y espléndido... Pobre y desinstalado: ni domicilio propio tuvo siquiera, salvo durante un breve paréntesis. Las casas que levantaba las ponía a nombre del Instituto y a dispo-

sición de la diócesis. Al morir no dejaba ni un céntimo: rico en deudas hasta el último momento, fue el Instituto el que corrió con los gastos de su enfermedad y entierro.

Sin embargo, el aspecto material, económico, fue secundario en su desprendimiento, que iba mucho más allá. Apuntaba a un total y absoluto olvido de sí. Fue uno de sus rasgos más característicos. Y se puede afirmar que no era así por naturaleza, sino por respuesta a la gracia... Ahora bien: el golpe de gracia que a los veintiún años le desprendió de su famoso «yo», fue tan radical que, de hecho, el olvido de sí le fue desde entonces connatural. «Es uno de los casos más típicos de un hombre absolutamente desasido, totalmente liberado de sí mismo; nunca una mira personal, un interés propio. Había cortado todas las amarras, estaba completamente embalado en Dios».

Libre de los complejos que crea el amor propio, se lanzaba a todo con temeridad: desconocía el más paralizante de los temores, el miedo al ridículo. No le importaba nada quedar mal, hacer un mal papel... No tenía nada que perder.

Se le había secado la fuente de sufrimientos que supone el yo; su obra le surtió de ellos con sobreabundancia. Espoleado constantemente por las más altas e intensas exigencias, tuvo que topar a cada paso con la extrema limitación de sus propios medios para realizarlas. Dura prueba. Añádase la falta de sintonía que apenas pudo encontrar a su alrededor; los que le seguían no poseían su carisma, con toda su buena voluntad no podían acomodarse a su ritmo... Tampoco su cuerpo, siempre enfermo, podía soportar las altas tensiones que su espíritu le imponía. Finalmente, su «cruz episcopal»: «Bien probado fue este hombre. Bien probado en todos los sentidos —dice un discípulo suyo—. Y ya tuvo que tragar saliva en sus relaciones con los obispos. Tanto sufrió, que yo creo que fue lo que le mató...»

Y, sin embargo, nunca dio sensación de hombre probado, ni dolorido,

ni muchísimo menos, dolido. Respiraba paz, serena alegría, espíritu positivo. «¡Predicad con el contagio del Espíritu!» —aconsejaba—. El contagiaba certeza, seguridad, pujanza; su sola presencia bastaba para levantar y fortalecer. «¡Hay que cubrir el enorme déficit de alegría y entusiasmo que siente el alma moderna!» —decía—. El factor entusiasmo, «gran promotor de todas las empresas humanas», fue decisivo en su vida y su obra. Y un entusiasmo que ningún soplo adverso logra apagar, sólo puede proceder del Espíritu Santo.

«Hay hombres de alta moralidad, de rigidez en el deber» —escribía— «no son, sin embargo, hombres del Espíritu Santo. El Pentecostés no se ha producido aún para ellos». Conocemos, por lo menos, dos experiencias de Pentecostés en su vida: la de marzo de 1925 y la de agosto de 1935 —el Pentecostés de su juventud y el de su madurez— que debieron dejarle una huella imborrable: «Todos tenemos alguna experiencia de éstas en la vida —decía—. Al recordarlas, el alma se siente como invadida de luz.»

Don Rufino admira al hombre del Espíritu. Y hace su propia semblanza al describirle «impregnado del calor y ardor de una experiencia personal», «movido interiormente por la gracia», «sintiendo una impresión de plenitud cada vez que es fiel a ella», «siguiendo la experiencia de su yo individual, original», «viviendo una experiencia continuada del día de Pentecostés», «fiado no en su ciencia ni en su sabiduría, sino gustando y viendo, primero, la suavidad del Señor...».

Hombre carismático, pentecostal, don Rufino valoraba lo vivido, lo gustado, lo experimentado. Lo aprendido en los libros pasaba, para él, a un segundo término. Era, en suma, un vitalista. En España, en la Iglesia, por los años cuarenta, el vitalismo merecía escasa consideración. Sólo se valoraba lo que constaba en letras de molde, con polvo de siglos encima...

¿Fue un hombre de su tiempo? No, puesto que no lo consideró perfecto, ni vivió nunca instalado en él. Sí, en cuanto que aceptó sus re-

glas de juego, los métodos e instrumentos que le ofrecía, respetó sus convencionalismos. No creyó indispensable destruir previamente para empezar a construir: «Es una grande época de renovación total; pero ha de hacerse no cambiando los moldes, sino infundiendo espíritu.» Más que DE su tiempo, don Rufino fue PARA su tiempo. Mientras el historiador contempla el pasado, y el genio intelectual elabora teorías que transformarán el futuro, el hombre de acción actúa eficazmente sobre el presente, hace lo que se puede hacer hoy, con los medios de hoy... Este fue don Rufino. Alguien definió así su obra: «Es trabajar por Cristo, recoger inquietudes, adaptarse, desgastarse, entregarse a El». Esta definición, más verbal que nominal, valía también para él: **hacer, hacer...** Con sus realizaciones, modestas en sí, grandiosas para sus posibilidades, puso su granito de arena en la preparación de los cambios radicales que se avecinaban y que ni él ni nadie pudo prever para un futuro tan próximo.

«Los sacerdotes llevamos el mundo sobre los hombros y nos tiene que pesar» —decía—. A él le pesó. Le obsesionó el sacerdocio, sí: pero **para el mundo**. Transmisor de vida, el sacerdote tenía que estar igualmente en contacto con Dios, principio de esta vida, y con el mundo al que iba destinada. Sobrenatural, abierto y adaptado, el sacerdote tenía que ser «el más hombre de todos los hombres, un hombre social, un detector de los problemas del hombre».

Parecida idea tenía de la misión del seglar, al que consideraba mucho: «Decía que la actuación de los seglares redundaría en beneficio de la Iglesia». Al seglar del siglo XX le concebía al estilo del pionero cristiano de los primeros siglos que, sin huir del mundo pagano, lo conquistó para Cristo. El seglar puede y debe santificarse en el mundo «con los materiales con que cuenta»: matrimonio, profesión, actividades sociales. El matrimonio «no está reservado, como se ha creído mucho tiempo, para los egoístas, los mediocres, los tibios»; «los casados se pueden y se deben santificar no a pesar del matrimonio, sino por el mismo matrimonio».

Quería al seglar cristiano presente en la marcha de los asuntos huma-

nos: «El mundo cristiano ha faltado a este deber —escribía—. Es lamentable esta espiritualidad disociada del mundo, que considera incompatible el ser de Dios y ser actuante y presente en el mundo.» «Los socialistas han permanecido y trabajado en el propio ambiente, cara al ambiente, mientras que los cristianos, sin preocupación de conquistar la masa, se han evadido de este deber en cristiano...»

La evasión **en cristiano** es la que menos toleraba don Rufino. No aceptaba que se diera por buena la moneda falsa, que pasara por buen cristiano lo que no era más que su caricatura. El tipo del «beato» se llevó siempre lo mejor de sus iras.

Tenía dotes de mando. Era un líder, un conductor de hombres. Arrastraba. Polarizaba. Los ejercicios y la dirección de conciencias, medios adoptados por él, se prestaban también a ejercer un dominio personal sobre los demás. La época era propicia: se abdicaba fácilmente de la propia responsabilidad en manos de un director. ¿Resultó alienante don Rufino? ¿No se proyectó en sus dirigidos?

Se proyectó; no podía ser de otro modo. Trató de transmitir a los demás su fuego interior, su visión del sacerdocio, sus métodos (si es que los tuvo...). «Mándame para el seminario a uno que sea **hechura tuya**» —le escribía un obispo—. No se pueden hacer hechuras propias sin proyectarse. Pero una vez hechos, a sus discípulos los quería libres, de ningún modo atados a él. Les instaba a que no pusieran nunca «etiqueta propia» ni a las almas, ni a las obras...

Acuñó para su uso una curiosa palabra, poco académica, muy gráfica, que los suyos entendían bien: IMPERSONALIZACION. «Las obras de Dios han de estar impersonalizadas.» «Trabajar en la obra de Cristo y luego desaparecer, impersonalizarse.» El sabía bien que el director podía llegar a ser un estorbo entre el dirigido y Dios, y procuraba desaparecer a tiempo. Los dejaba de cara a Dios.

Por otra parte, el impacto de su potente personalidad sobre los demás tenía efectos creadores, estimulantes: despertaba las energías ignoradas, las capacidades latentes. «Las almas encontraban en él su medida.» Al descubrimiento de sí mismo, seguía a corta distancia el empujón para realizarse: metía tales inquietudes, que no dejaba parar a nadie. «Salía uno de su despacho con unos deseos ardientes de beberse el mundo.» Detestaba todo lo negativo, lo que «paraliza y hace girar el alma demasiado sobre sí misma, lo que la cierra y la hace miedosa». El se proponía formar personas recias, maduras, responsables y aptas para influir positivamente en el mundo.

El hizo suya la frase de Chevrier: «El sacerdote es un hombre comido». La dio como consigna a sus dirigidos: «¡El sacerdote debe dejarse comer por las almas!» El se dejó comer: «¿Para qué sirve el sacerdote que no se gasta? —escribía—. ¿Para qué sirve el racimo unido a la vid si permanece intacto, entero?». «Atender a los demás cuando uno está preocupado o sufriendo por algo, es muy difícil: a él no se le notaba nada, atendía a los problemas de los demás como si nada tuviese...» «Solía pasarse la mano por la cara y ya parecía otro. Salía tan sereno y sonriente, como si nada le preocupara.» Mil pequeños servicios al prójimo, sin relieve ninguno, le «comieron» el escaso tiempo libre que hubiese podido tener. «La gente del mundo sabe matar el tiempo —escribía— mientras que el sacerdote no debe conocer este arte.» El no mató nunca el tiempo; fue la falta de tiempo la que le mató a él.

¿Dialogó don Rufino? ¿Supo ser amigo don Rufino? Dos preguntas con suspense y respuestas divergentes.

«Nunca dialogó. Escuchaba, pero luego hacía lo que le parecía.» «Superioridad concedía a pocos —opina otro—: diálogo a muchos.» Habría que matizar ambas afirmaciones. Superioridad intelectual la concedía a muchos, a casi todos los que le rodeaban: él se sabía inferior en este terreno. En cambio, no podía ignorar que los superaba en capacidad de acción. Por esto los **escuchaba**, sí; pero luego actuaba según su criterio.

Sin embargo, en el aspecto ideológico, recogía avaramente cuanto le parecía útil, asimilable; se quedaba con ello y lo convertía en sustancia propia. Así, por ejemplo, con la frase del Padre Chevrier o con el slogan «sólo sacerdote, siempre sacerdote», de su amigo Lahiguera. A menudo citaba sin mencionar la procedencia y se extrañaba cuando se lo reprochaban: «Pero... lo que es de la Iglesia, ¿no es de todos, o qué?» El ignoraba el registro de la propiedad espiritual: la riqueza que el Espíritu suscitaba en la Iglesia, la consideraba propiedad común.

Si don Rufino dialogó, fue de esta manera...

Tampoco hay acuerdo al enjuiciar su amistad. Para unos fue «el gran, gran amigo: el único»; para otros, su amistad no careció de sombras. «Vivía al servicio de una idea —dicen— y usaba de las cosas y de las personas **en tanto en cuanto**. Lo de San Ignacio, vaya: si la persona o la cosa no le servía para su obra, la dejaba arrinconada...» Hacia el final, a algunos de sus compañeros de primera hora pudo parecerles que la obra (y, en especial, el instituto cuya responsabilidad don Rufino no quiso compartir con nadie), les había distanciado de su amigo.

Es posible que fuera así. «Don Rufino era un bólido, sobrenaturalmente, y llegó solo a la meta. En una carrera ciclista, de pronto uno se destaca del pelotón y llega primero. A don Rufino le pasó esto con sus amigos: al empezar iban juntos, pero luego él iba a tal compás, que no podía seguirle nadie. Fue él sólo, y ellos pudieron tener la sensación de que les dejaba de lado.»

Auténtico hombre de Iglesia, la amó sin comulgar en los triunfalismos de la época. Tuvo una aguda percepción de sus fallos y limitaciones.

No obstante —decía— «cuanta más miseria veamos en ella, en sus fieles, en su jerarquía, más tenemos que amarla. Cristo quiere lucirse a través de las debilidades de los hombres». Su concepción eclesial se acercaba a la de la «Iglesia pobre, humilde y pecadora» que trata de hacernos vislumbrar el post-concilio. Le dolía el «ritualismo externo» que la aquejaba; lamentaba la mediocridad y la desunión de sus miembros. Denunciaba el «orgullo de corporación» funesto a la Iglesia que, dentro de la misma, aísla y enfrenta unas comunidades con otras. Era universalista. Presentía el movimiento ecuménico: la sola palabra «communicantes» le arrebatava, le ponía en comunicación con cuantos amaban a Cristo, dentro o fuera de las fronteras visibles de la Iglesia. Todas sus obras, todas sus empresas, tendieron a «hacer Iglesia». «Vivir, no con cositas, sino de cara a toda la Iglesia» —recomendaba.

El espíritu jerárquico, la adhesión a la jerarquía, fue uno de sus postulados básicos. Lo hincó fuertemente en el alma de sus dirigidos. «¡Nada sin el obispo!» Sin embargo, la suya fue una adhesión libre, de hombre adulto. En su juventud fue creando el movimiento sacerdotal sin estar a cada paso pendiente del beneplácito episcopal. Todos los años reunía en Aránzazu a un buen número de sacerdotes, sin recabar previamente el permiso del obispo: «Como es una novedad, tendrá miedo y dirá que no. Hemos de ir realizando cosas sin comprometerle». El cargaba con la responsabilidad. Al final de la reunión mandaban todos los años un telegrama de adhesión a Monseñor Múgica. Más tarde, con Monseñor Lauzurica, bien dispuesto hacia él y su obra, don Rufino se mantuvo libre: «No iba a ganar un puesto a su lado; le hablaba con una gran sinceridad y entereza, le agradara o no al obispo». Tampoco le amilanó la oposición de Monseñor Ballester: sin desobedecerle siguió aprovechando la menor oportunidad que se le ofreciera para proseguir su obra.

Contrastes así se dieron muchos en don Rufino. Hemos hablado al principio de su fe de roca. La contrapartida a una tal carga de convicción pudo haber sido la cerrazón, la intransigencia. Sin embargo, normal-

mente, don Rufino fue abierto, comprensivo. Tal vez la misma firmeza de su fe le hacía capaz de comprensión: sólo el que está seguro de algo puede arriesgarse a acoger la convicción ajena...

Podemos aducir dos casos de notable comprensión en don Rufino. Ante el hecho de un sacerdote que se secularizaba sólo se concebía, por los años cuarenta, una reacción: el escándalo. Don Rufino se relacionó con uno de los pocos casos que entonces se dieron, se acercó al interesado, trató de ponerse en su lugar, de comprender su problema, le dio la mano... Es lo último que cabía esperar de un enamorado del sacerdocio como era él.

Durante su estancia en Bruselas, el año 1938, hablaron a don Rufino del revuelo producido por cierto libro del Padre J. A. Jungmann, S. J., que, aparecido en 1936, había sido retirado por la autoridad eclesiástica. Libro y autor las pasaron negras... De regreso en Vergara, se hizo traducir oralmente el ejemplar en alemán que le habían proporcionado. Y luego opinó. El libro del P. Jungmann «ponía el dedo en varios puntos sensibles de la enseñanza católica, de especial aplicación en España»; «lo daría a conocer a sus compañeros, a los que podría ser útil». Las ideas de este libro, expresadas con mayor amplitud y libertad por el mismo autor, vieron la luz en español el año 1964 bajo el título: «La predicación de la fe a la luz de la buena nueva» y Jungmann mostró ser uno de tantos precursores abnegados del Concilio. Don Rufino, tan estrictamente jerárquico, era al mismo tiempo un espíritu libre: treinta años atrás, la obra de Jungmann, considerada como sospechosa, no le asustó.

Más contrastes. Totalmente sobrenatural era, al mismo tiempo, el más humano y más natural de los hombres: nada de angelismos en él. «Valoraba los medios naturales integrándolos en lo sobrenatural». Hombre de lo concreto, de lo real, de lo vivo... fue todo lo contrario de un casuista, de un moralista. No se dejó llevar por la corriente de puritana rigidez entonces imperante: «La moral, en tanto nutre y edifica en cuanto recibe luz del Evangelio —decía—. Demos a las almas Dogma y Evangelio... y que saquen las consecuencias». Nunca fue partidario de imposiciones negativas en cuestión de modas y costumbres: «¿Qué adelantamos con cifrar la perfección en esas cosas externas? Puede haber una muchacha con la manga hasta el puño, rebosando hipocresía y falta de caridad... Es el corazón el que tiene que transformarse. Y, de este cambio fundamental, vendrá todo lo demás».

Bueno, ¿y sus defectos? ¿Acaso don Rufino no los tuvo? Los tuvo, cómo no. Y él no hubiese querido que, al darle a conocer, se tratara de ocultarlos. Le desagradaban las angélicas biografías de santos sin tacha desde su nacimiento: «El santo no es más que un pobre hombre en el que Dios ha hecho maravillas —decía—. Y, precisamente, cuanto más evidente aparezca la baja calidad del barro empleado, más resaltará la obra de Dios en él».

Don Rufino, hombre de barro... Amigos y enemigos no se muerden la lengua a la hora de hacer el recuento de sus fallos: violento y duro, vehemente y terco, despistado y desordenado, pesado y pelma... Muy suyo, las emprendía contra todo lo que se le oponía. Su tremenda convicción le hacía a veces adoptar actitudes rígidas. Impulsivo, le vieron en ocasiones sacar el genio, dar bufidos. Era un hombre colérico. Para sus cosas no había obstáculos.

Pero tanto amigos como enemigos reconocen que estos fallos no impidieron la obra de la gracia en él: «Es una de las personas en la que he visto más clara la labor de la gracia». «Quizá estamos todavía en una perspectiva demasiado cercana para juzgarle. La talla de santidad creo que no se le puede negar. Si no es por la caridad, ¿quién lleva ese trote que él llevaba?» «A él no se le pueden echar en cara los fallos porque se veía que no tenía tiempo ni para dormir, ¿cómo se le iba a juzgar? No se puede pedir el por qué de sus fallos a un hombre que se mata».

Un no-amigo, que nunca empastó con él, cierra la severa crítica que hace de su persona y su actuación con estas palabras: «Espero que esta información sirva para que algún día podamos ver a don Rufino en los altares. El concepto tradicional de santidad es falso: un santo no es un hombre sin ningún fallo ni defecto. Don Rufino, con todas sus limitaciones, era un hombre de Dios».

Así, con impresionante unanimidad, ponen punto final a su testimonio cuantos le conocieron. Terminan por donde hemos empezado: don Rufino fue UN HOMBRE DE DIOS.

EL INSTITUTO FEMENINO

Preciso es repetirlo una vez más: el objetivo de don Rufino fue el sacerdocio. La promoción espiritual, cultural, humana, social, del clero diocesano. Todo lo demás, en función de esta finalidad básica.

Fue así en su mente, en el terreno teórico, en su escala de valores y fines. En la práctica, al final, le iba absorbiendo cada vez más el Instituto femenino: «Por una ley a la que no puede escapar fundador ninguno, el Instituto fundado por él fue reclamando cada vez con mayor intensidad su atención. Esto hizo que aflojara la intensidad con que miraba a otras cosas...».

Por este motivo, y por ser la parte de su obra que directamente nos atañe, convendrá detenerse algo más en el Instituto de Misioneras Evangélicas Diocesanas que él fundó.

Desde los tiempos de Cambo lo llevaba en su mente. En sus largas conversaciones con el padre oratoriano, ponderaban ambos lo que suponría en un futuro próximo la creciente promoción de la mujer: el mundo sería lo que fuese la mujer. Había que encauzar esta fuerza, aprovecharla para la difusión del Evangelio.

Pero la Iglesia seguía manteniendo a la mujer en estado de perpetua minoridad. Al rodearla de rejas, hábitos, cánones y reglamentos rígidos, la incapacitaba para una actividad apostólica eficaz en el mundo. Urgía liberarla de todas estas trabas dándole, en cambio, una formación integral que, al madurarla, la hiciera regirse a base de conciencia y responsabilidad. Sin destruir su feminidad, que era un valor positivo.

Sólo en parte pudo don Rufino realizar su propósito. Los tiempos no estaban todavía maduros: toda innovación escandalizaba. Pragmático, hombre de «lo posible», don Rufino se adaptó. Aunque el Instituto supuso un gran paso hacia una nueva forma de consagración, adoptó en los comienzos muchas prácticas propias de la vida religiosa. Ellas acreditaban al Instituto ante los ojos de los rigoristas o timoratos y permitían a don Rufino esperar la ocasión propicia. En sus manos el Instituto hubiera ido evolucionando, naturalmente, al compás de los tiempos. Murió demasiado pronto. Pero «dejó una semilla que lo contenía todo y que las misioneras han hecho germinar». «Ellas son las que han realizado, desarrollado, lo que él preveía, lo que él adivinó y no pudo hacer.»

El germen sembrado por don Rufino contenía algo nuevo en la historia de las fundaciones femeninas (y aun masculinas): contenía un principio de flexibilidad, de adaptación, de libertad. No quiso dejarlo todo previsto y atado, al contrario: «No se aten a la letra de lo que les digo —repetía—. **Respondan a la necesidad actual en que vivan, que para eso son. Prescindan de lo accidental.**».

Conviene tener en cuenta el breve tiempo de que dispuso don Rufino para modelar el Instituto: cinco años escasos. Todo lo que él dijo o escribió sobre el mismo hay que considerarlo bajo este prisma: fue solamente UN COMIENZO. A un amigo que, en 1944, le pide información más amplia, le contesta: «He solido resistir a la tentación de escribir un folleto detallado sobre el Instituto, pues, por diversas causas, creo conveniente guardar de momento discreción y reserva **hasta que la obra haya abarcado todos los aspectos** de la vida apostólica...». Se adivina su temor a que todo cristalice prematuramente, a que se dé por terminado y cerrado un proceso que debe permanecer abierto, en plan dinámico, evolutivo, provisional.

Don Rufino escribió poquísimos sobre el Instituto; algunas notas fragmentarias que hallamos dispersas por sus agendas, unas pocas cartas. Forzosamente hay que acudir a la fuente oral si queremos completar los grandes huecos que nos ofrecen sus escritos. Fuente, desde luego, menos segura, pero en este caso garantizada por el gran número de testimonios y el impresionante acuerdo que existe entre ellos. En el volumen titulado SEAN ASI, se han reunido las notas tomadas por diversas oyentes de las charlas formativas que dio a las misioneras, de 1940 a 1945. Existe, además, el testimonio de unas 600 personas —sacerdotes, misioneras, seglares— que le oyeron exponer su idea sobre el Instituto. Todo ello nos ofrece un filón rico y seguro para que podamos conocer el pensamiento de don Rufino sobre este punto, para nosotras fundamental.

El 3 de diciembre de 1939, Monseñor Lauzurica aprobaba como Pía Unión el nuevo Instituto de MISIONERAS EVANGELICAS DIOCESANAS (1), nombraba Directora general a María Camino Gorostiza y aprobaba los primeros Estatutos.

Todo ello no significaba, por el momento, gran cosa: el Instituto no existía todavía. No había más que tres mujeres inexpertas (María Teresa Bianchi y Amada Ibáñez, aparte la Directora), que, llenas de la mejor voluntad, querían prestar un servicio a la Iglesia... ignorando en qué tendría que consistir éste.

Poco después llegó la cuarta, María Josefa Echeverría. El 12 de enero de 1940 iniciaban un primer ensayo de convivencia en el Seminario de Vitoria (en la parte destinada a las monjas que lo atendían). Don Rufino les dio un cursillo intensivo de formación. Volvieron luego cada cual a su casa. En junio alquilaron una casita en Hernani y tuvieron otra convivencia de dos meses. Don Rufino seguía completando su forma-

(1) El 2 de febrero de 1955 recibió la aprobación de Roma («Nihil Obstat») como Instituto Secular con el nombre de «INSTITUTO DE MISIONERAS SECULARES».

ción. Ellas, mientras tanto, vigilaban las obras de «Villa Santa Teresa», oraban, estudiaban y... aprendían a convivir. No todo era fácil, pero se declaraban felices. El 2 de julio, Visitación de Nuestra Señora, en la parroquia de Hernani y en presencia del párroco, don Rufino impuso a las cuatro el crucifijo de misioneras.

Con la inauguración de «Villa Santa Teresa» empezó la verdadera nueva vida de las cuatro. Vida durísima de trabajo, preocupaciones y privaciones. Tenían que hacer de todo: desde el trabajo material de la casa, que era mucho, hasta ocuparse del reclutamiento de ejercitantes y de la atención espiritual de las chicas en las tandas femeninas.

Tampoco don Rufino escurría el bulto. «Le recuerdo —dice María Teresa Bianchi— dedicando muchos ratos a nuestra formación, volcándose en la organización de las tandas, buscando directores para las mismas y para muchas otras que le solicitaban de fuera de la diócesis; abasteciendo la casa de comestibles, ya que nos cogieron los tiempos difíciles de la post-guerra, y sufriendo mucho porque le era muy difícil compaginar todo esto con la atención que debía dedicar al seminario. Le recuerdo también por entonces con una salud muy pobre. Aquellos famosos ganglios del cuello que se le infectaban... Muchas veces yo misma le hacía las curas. Le recuerdo llevándolo todo con una gran paciencia, que nos habíamos acostumbrado a considerar tan natural, y tratando de servir a la obra con todas las fuerzas...»

El 15 de octubre de 1940, en la capilla de «Villa Santa Teresa», las cuatro pronunciaron sus primeros votos.

Poco a poco se les fueron uniendo otras compañeras. Muchas no pudieron soportar la dureza de aquella vida y abandonaron la partida. Otras continuaron. Las aspirantes necesitaban un valor a toda prueba para desafiar el ambiente, pues las lenguas maldicientes (las pías tanto o más que las impías) se habían desatado contra el naciente Instituto y se decían de él barbaridades.

La víspera de Navidad de 1940 ingresó una señorita mayor de conocida

familia vitoriana: Consuelo Larrión. Sus hermosas canas y su prestigio personal y familiar prestaron al Instituto un inestimable servicio: «cuando la hija de don Diego está allí...».

En noviembre de 1945, un pequeño grupo, con María Camino al frente, dejó «Villa Santa Teresa» para instalarse provisionalmente en el piso de Consuelo Larrión, en Vitoria. Fue la primera casa de formación. Convenía que las «nuevas» (y lo eran todas...) pudieran estar cerca de don Rufino.

Con escasas variantes la formación que de él recibieron fue esencialmente la misma que daba a los seminaristas. Se preparaban para una vida de consagración a Dios mediante los votos. Esto exigía:

Desprendimiento total. «Lo primero y más urgente —en lo que soy más exigente— (escribía don Rufino) es en la creación de un espíritu de desprendimiento total y absoluto...»

Entrega sin reservas. Quería a la misionera «gastada, quemada y consumida al servicio de la Iglesia». Con «el ánimo dispuesto para abrazar todo el programa que debe ser nada menos que éste: salvar el mundo entero para Cristo».

Vida interior. Un gran amor: «Cristo, pasión de la misionera»; «Una vida espiritual intensa por el conocimiento siempre creciente de Jesucristo»; «No he de parar hasta conseguir que todas las misioneras sean almas de mucha oración».

Capacitación. Las misioneras recibieron una sólida formación cultural religiosa, novedad entonces en la Iglesia. Profesores del seminario les daban clases de Teología, Sagrada Escritura, Ascética y Mística, Psicología, etc. El trabajo material servía de contrapeso, las equilibraba:

«Ciencia y escoba...». Don Rufino cuidó con esmero de los valores humanos: verdad, sinceridad, discreción, delicadeza, flexibilidad, fortaleza...

Adaptación. La misionera, al igual que el sacerdote, no debía distanciarse del mundo: «Tenemos que vivir de lo real» —les decía—. «La Iglesia necesita apóstoles que estén en contacto directo con el mundo». En el modo de vestir, de comportarse, en todo, quería a las misioneras normales, mujeres de su tiempo, como lo fue la Virgen en Nazaret.

Actuación apostólica. «Llamada por Dios a la obra de restauración espiritual de los individuos y de los pueblos... la misionera evangélica será **mujer de acción**. El pietismo egocentrista es un error», escribía. «El trabajo apostólico incansable, convertido en oración, será una de sus metas características». El campo de su actuación sería muy amplio. En la práctica, y por la fuerza de las circunstancias, la labor de las Casas de Ejercicios acaparó la actividad de las misioneras en los primeros tiempos. Más tarde pudieron ampliar el radio de sus actividades según lo previsto por don Rufino.

Todo esto vivido en una **caridad sin límites**: «Una de las cosas que les he recalcado más y quiero que se distingan mis hijas de especial manera es en lo tocante a la unión y caridad que han de practicar con la mayor discreción..., pues la misionera en tanto será misionera en cuanto esté impregnado su espíritu de aquella caridad y delicadeza de Jesucristo Nuestro Señor... Será siempre lo más hermoso y honroso para la misionera que se distinga en aquello que más caracterizó en la tierra a Jesús...».

El punto de mayor divergencia entre la formación que dio a seminaristas y misioneras radicó en el aspecto **comunitario**. No hubo formación comunitaria, horizontal, para las misioneras, sino estrictamente jerárquica, vertical. A sus dirigidas, si no entraban en el Instituto, las reunía en grupos de amistad espiritual como a los seminaristas; para las que entraban no los creía necesarios. Exigía entre ellas una caridad y delicadeza extremas, pero sin ninguna comunicación: ésta se reservaba exclusivamente para la Directora. La «austeridad» y la «soledad del corazón» fueron características acusadas del nuevo Instituto. La amistad fue excluida por don Rufino de su programa formativo (no sabemos si de un modo provisional o definitivo). Tal vez supuso una laguna; sin duda evitó, en aquellos difíciles comienzos, posibles desviaciones.

Merece la pena destacar en don Rufino su **valoración positiva de la feminidad**. La mayoría de los santos fundadores no acabaron de fiarse de la mujer, recelaban de su feminidad. Por el contrario, don Rufino la consideró como un don preciado, un instrumento que había que dignificar y hacer rendir para el Evangelio. Lamentaba la falta de eclosión, de maternidad espiritual, en muchas mujeres consagradas. Quería que sus casas de ejercicios fueran acogedoras gracias al delicado toque femenino que convierte una **vivienda en hogar**. Tenía empeño en que la mujer, la misionera, cuidara su arreglo personal; con discreción y buen gusto, sin estridencias de ninguna clase. Detestaba toda rareza, toda ñoñería. Nunca hizo problema de una cuestión de centímetros. Pero no estaba en la luna, ni tenía la manga ancha. Pudo comprobarlo cierta aspirante a misionera que andaba luchando con dudas de vocación. Subió un día a «Villa Santa Teresa» muy arreglada. El Padre, que estaba en la puerta, se quedó muy serio mirándola de arriba a abajo, con lentitud. Y luego le dijo que, mientras no pusiera algo de su parte, no cesarían sus luchas, pues a ella todo aquel arreglo excesivo la distanciaba de su vocación.

El primer recuerdo que aflora a la memoria de cuantas le conocieron es el de su gran bondad y paternidad, inseparable de una exquisita **sobriedad** en el trato con las misioneras: «En este punto brilló, como en pocos, su sentido común y su magnífico equilibrio humano». Sobriedad también, en el confesonario y en la dirección: breve, conciso y certero, con pocas palabras las dejaba con una gran paz y confianza en Dios. Sobriedad que no excluía la alegría, la jovialidad; pero detestaba todo lo chabacano y vulgar.

Don Rufino solía hablar a sus discípulos, los seminaristas, del futuro Instituto. Uno de ellos ha conservado entre sus notas este retrato de «la misionera» tal como la veía el Padre:

«Siempre trataba este asunto con ilusión y esperanza. Se palpaba que lo estaba elaborando, dándole muchas vueltas en su cabeza, pero siempre de cara a Dios y mirando a la Iglesia. Orad y sacrificaos, nos re-

petía, para que acierte en este problema. Y de verdad que le secundábamos con toda nuestra fuerza espiritual». El perfil de la misionera que nos ofrecía era el siguiente:

a) Aun no se conocían los Institutos Seculares. Y ya el Padre quería quitarle a su fundación todo resabio de monja: «Las quiero con **una espiritualidad propia y sin hábitos**. Con una espiritualidad misionera: abierta, siempre en estado de misión al servicio de la Iglesia y con una espiritualidad evangélica: forjadas en la sencillez del Evangelio. Con un gran amor a la Biblia. Sin hábitos, vestidas normalmente, como las chicas de la calle. Porque así su testimonio y apostolado serán más eficaces». Más tarde, la Iglesia vendría a darle la razón con la **Provida Mater**.

b) «Quiero que sean **equilibradas**. La mujer tiene una gran fuerza: el corazón. Si ese su primer valor se conjuga con un siquismo equilibrado sus fuerzas son increíbles para el bien. Su espíritu de sacrificio es superior al del hombre. Cuando son sensatas y juiciosas son una ayuda extraordinaria para el sacerdote y la Iglesia.»

c) «Quiero una **formación profunda** para las misioneras... Según sus diversas capacidades, las quiero lo más instruidas posible. No quisiera que asumieran la responsabilidad del apostolado sin estar bien maduras... Con una cabeza bien formada la mujer supera sus fuertes dosis emocionales y es entonces un maravilloso instrumento de la gracia. Desearía que recibiesen una formación parecida a la del sacerdote.»

d) «Es un factor importante la **discreción en la mujer**... La discreción es hablar lo justo, no pasarse de la raya, guardar los secretos, dar sensación de peso. Pero no es timidez, ni cara seria, ni respuestas secas y tajantes, sino la prudencia envuelta en el ropaje de la sencillez y de la delicadeza en el trato. La discreción de la Virgen me encanta. Así quisiera que fueran las misioneras.»

e) «La mujer es **intuitiva**. Dios le ha provisto de ese sorprendente instinto. Es un valor que no hay que matar sino favorecer. Así quisiera que fueran las misioneras: que se adelanten a ser previsoras, adivi-

nando las necesidades de los demás. Que amen el detalle... Que hagan la vida agradable a los demás. Con una fachada atractiva, con una elegante naturalidad y con una trastienda en estado de victimación, con un espíritu de carmelitas descalzas.»

f) «Las quiero en **plena disponibilidad** a la Iglesia. Allí donde ella las necesite. Su campo tiene la amplitud de la Iglesia. Deben tener un corazón universal. Mi ilusión sería que dentro de poco hubiera misioneras en Africa, América, Asia. Es que esta dimensión universal de la Iglesia tiene que ser de la raíz misma del Instituto.»

g) «Todo esto requiere que tengan un gran **sentido de responsabilidad**. La mujer a medias no resulta. Vale cuando se entrega. El camino para adquirir este peso de responsabilidad es que sean **sinceras...**»

Don Rufino concibió indistintamente dos formas de vida para las misioneras: en común, bajo el mismo techo, o aisladas, cada cual en su casa. Todo dependería de las circunstancias personales o de las necesidades del ambiente.

En sus primeras notas escritas sobre el Instituto, el año 1935, al enumerar las diversas actividades a que se dedicarían las futuras misioneras, asigna don Rufino el tercer lugar a su labor en las casas de ejercicios. Pero luego se vio arrollado por las exigencias de su obra en marcha: la necesidad perentoria de encontrar personas que llevaran las casas le obligó a buscar preferentemente vocaciones de vida comunitaria.

Sin embargo, paralelamente a las misioneras «internas», formó y cultivó con especial esmero algunos grupos de «externas», a las que lanzó al apostolado con la misma exigencia y consagración que las demás. Les decía que su misión era semejante, en la sociedad de hoy, a la de los primeros cristianos en el mundo pagano y que su responsabilidad

era grande, pues iban a ser el eslabón de una larga cadena. Les metía tales inquietudes que no las dejaba parar. Les encomendaba gestiones delicadas, difíciles. Quería que se prepararan, que se capacitaran bien. Recuerda una de ellas que don Rufino les concedió todo el margen posible de libertad de movimientos, responsabilizándolas hasta el fin: «Hoy se habla mucho de la adultez del seglar en el apostolado —dice—, ya entonces el Padre nos concedió a nosotras esta mayoría de edad. A todo daba valor, todo lo aceptaba, encauzando, orientando, sobrenaturalizando...».

Viéndole tan sobrecargado de trabajo y preocupaciones y dedicándoles, sin embargo, tanto tiempo y atención, las «externas» llegaron a figurarse que eran lo principal que él se traía entre manos. Tal vez don Rufino veía realizado en ellas un aspecto de su idea que le era particularmente grato: la actuación apostólica libre, impersonalizada, sin etiqueta ni contorno definidos, como de levadura perdida en la masa. No obstante es cierto que, al morir don Rufino, existían solamente unas pocas externas cuando ya las internas alcanzaban el medio centenar.

Ahora bien: una vez más hay que señalar que en esto, como en todo, don Rufino dispuso del tiempo justo para **comenzar**. No pudo ir modelando su obra al paso de los años como hicieron cuantos fundadores disfrutaron de larga vida. Actualmente don Rufino contaría sesenta y seis años, estaría en su plenitud. ¿A qué forma de vida daría hoy la primacía? La respuesta no parece ofrecer dudas: a la que mejor respondiera a las necesidades de los tiempos actuales.

El 2 de julio de 1942 se inauguró la segunda casa de ejercicios «Nuestra Señora de Begoña», en Bilbao. Su adquisición había costado a don Rufino largos meses de laboriosas e intrincadas gestiones. Su puesta en marcha supuso otro esfuerzo gigante de su voluntad: debido a la guerra no había cemento, no había hierro, no había nada de nada. Un mes antes estaba todo en el aire. ¡Lo que trabajó... y lo que hizo trabajar para que la casa se pudiera inaugurar en la fecha prevista! A la hora del

esfuerzo había sido el primero; a la hora de los honores, mientras Monseñor Lauzurica y los invitados recorrían la casa y celebraban sus detalles, él parecía no tener nada que ver con aquello. Al atardecer una misionera le preguntó: «Padre, ¿está contento?». «Sí, hija —le contestó—, pero más lo estará el Señor. Si nuestros esfuerzos y trabajos no fueran para El, ¡qué pobre sería la recompensa!... He observado cómo admiraban y elogiaban la casa; pero nadie, probablemente, habrá alcanzado a ver el hondo espíritu de sacrificio de que está impregnada. Sólo el Señor. Aprenda, hija, a valorar sus acciones. A hacerlo todo por El».

Para las misioneras una casa más que atender, con sus problemas de todo orden. Sin embargo, la marcha ascendente de la obra de ejercicios, la actividad desbordante de las casas, su necesidad evidente, suponían un estímulo y compensación para las que habían seguido a don Rufino a ojos cerrados: por fin veían clara su tarea. Miles de personas, durante aquellos años, encontraron en las casas de ejercicios el sentido de su vida, se centraron en Cristo y su Evangelio. Con su obra, don Rufino estaba dando adecuada respuesta a las necesidades de su tiempo.

El 6 de enero de 1944 el grupo de formación se trasladó de su domicilio provisional al suyo propio, en la parte recién terminada del edificio de «Nuestra Señora de la Paz», en Vitoria, destinado a Casa de Formación del Instituto. María Camino seguía al frente de la misma, mientras recaía sobre María Teresa Bianchi la responsabilidad de la casa de Bilbao y Paula Permisán quedaba encargada de «Villa Santa Teresa». Eran ya tres las casas que pesaban sobre el Instituto en su tercer año de vida.

Como si previera su próximo fin y, ciertamente, lo preveía, don Rufino se volcó durante el año 1944 en la formación de las misioneras. En numerosas clases, charlas, retiros y ejercicios, les dedicó mucho tiempo, solicitud y atención. «El espíritu ya lo tienen —decía últimamente—. Con esto, aunque yo falte, ya pueden marchar.»

A forjar el espíritu del Instituto dedicó lo mejor de sus afanes, ilusiones y desvelos. Sin embargo, como hombre realista y sensato, empleó también gran parte de su tiempo en aquel último año de su vida, en la búsqueda de la forma jurídica más conveniente para el Instituto, tarea en la que le ayudaron amigos fieles y competentes.

No fue muy amigo de estructuras don Rufino: «La vida pierde frescura cuando se la encorseta» —decía—. «Un reglamento es lo primero que se pide y lo último que se da...» Alguien ha observado que «lo principal para él era la vida, el movimiento, el impulso del espíritu: la organización ocupaba en su mente un lugar secundario... Sin embargo, el espíritu debe estar sostenido por un cuerpo organizado, de otro modo se diluye en el vacío. Con el Instituto de Misioneras don Rufino dejó algo permanente, un espíritu plasmado en un cuerpo organizado».

Cierto: Con un molde jurídico provisional, que no le satisfacía, que él hubiese ido cambiando de haber vivido. El quería una cosa que entonces no tenía forma jurídica, que no existía: quería un Instituto Secular (2). Con todo, al morir, dejó un Instituto jurídicamente «hecho», terminado. Quizá por esto ha podido subsistir.

Don Rufino lo era todo para el Instituto. Muy paternal y, a la vez, tan sobrio y parco con las misioneras, era tal la seguridad que irradiaba que, con sólo saber que él estaba en casa, ya se habían solucionado los problemas. «Demasiado Padre, demasiado Padre —solía decir últimamente—. Conviene que me vaya...» pero ellas, ni por asomo, imaginaron nunca que algún día tendrían que desenvolverse sin él.

Este día llegó muy pronto. Sólo cuatro años y ocho meses de vida real contaba el Instituto cuando quedó huérfano. Lo normal, lo que lógicamente era de prever, es que, con su muerte, el Instituto se desvaneciera como pompa de jabón.

Sin embargo, al atardecer de aquel primer día de abril de 1945 se produjo un fenómeno inexplicable: en cuanto se supo la muerte del Padre, esperada con tanta angustia, una oleada de paz y alegría invadió a

(2) Los Institutos Seculares no existieron en la Iglesia hasta dos años después de la muerte de don Rufino, con la promulgación de la «Provida Mater Ecclesia», el 2 de febrero de 1947.

todas. Las misioneras no se sentían huérfanas. «Imposible imaginar mayor pena —recuerda María Camino— pero con paz. Creo que fue una cosa sobrenatural. Era una influencia que él nos había dejado como educador. No nos había dejado pendientes de él, sino mirando a Dios. Ni colectiva, ni individualmente, hubo desaliento.»

Fue una gracia de Dios. Y fue también «la mejor demostración del acierto con que don Rufino las había formado». Lo que para el Instituto pudo ser un colapso mortal, se convirtió en estirón de crecimiento. En la fría madrugada del 2 de abril, después de haber velado el cadáver del Padre y haber oído la primera de las muchas misas que aquel día se iban a celebrar en su capilla ardiente, las tres directoras se reunieron para estudiar, bajo el enfoque de su recién adquirida responsabilidad, los más urgentes problemas del Instituto.

Era, junto al Padre todavía presente, como un juramento de pervivencia y fidelidad. El Instituto arrimaba resueltamente el hombro, dispuesto a continuar su obra.